

fué golpeado y muerto con unos saquitos de arena; Murtola y Marino se hicieron tal guerra, que el primero disparó un tiro á este con un fusil y aun llegó á espiarle y delatarle; lo mismo hizo acaso Caro contra Castelvetro.

Pedro Aretino
1492-
1537.

Pedro Aretino, á quien no hemos querido poner al lado de los literatos, es un imprudente ejemplo de lo que se pedía, se alababa y se censuraba en aquel siglo. Tenia ingenio natural, pero sin educar, y decia: «Yo no sé bailar, ni cantar, solo sé hacer el amor como un asno.» Comprendió á su siglo y conoció que la audacia y la desvergüenza le proporcionarian la gloria á que nunca llegan las virtudes modestas; conoció el poder de la imprenta, y en lugar de publicar sonetos llenos de suspiros y períodos rotundos, lanzó insultos en estilo embrollado. Con sus primeros escritos mereció que le arrojasen de Arezzo, en donde habia nacido de una mujer pública que se hallaba en el hospital; cuando llegó á Roma, Chigi, mecénas de Rafael, le recibió de criado, echándole en seguida por ladron; allí vivió del libertinaje, se hizo capuchino, se salió del convento, aduló, habló mal de todos; buscó un vestido, se presentó con él á Leon X ofreciéndole alabanzas, y recibió un puñado de ducados; ofreció alabanzas á Julian de Médicis, y le regaló este un caballo: de este modo consiguió renombre sin hacer nada mas que escribir cosas que solo exigen desfachatez.

Toda su ciencia consiste en su excesiva ignorancia, en saber despreciar las letras cuando todos las adoraban, en lanzar metáforas contra la afeminada correccion de aquellos humanistas, y en burlarse de los estudios y de los imitadores. «Yo me rio de los pedantes que creen que la ciencia consiste en la lengua griega, dando grande importancia al *en bus* y en *bas* de la gramática... No me he separado por ignorancia de las huellas de Petrarca y de Boccacio, que bien sé lo que son, sino por no perder el tiempo, la paciencia y el nombre con la extravagancia de querer trasformarme en ellos. Mas provecho hace el pan seco en nuestra casa que muchos manjares en la ajena. Imitacion aquí, imitacion allí; todo es lo mismo, puede decirse, en las composiciones del mayor número... Admiro á quien tiene invencion, y me burlo de quien imita; así, pues, los inventores son admirables, y ridículos los imitadores. Por mi parte siempre me esfuerzo por trasformarme de tal manera cuando me sirvo de la ciencia y cuando expreso mis pensamientos, que puedo jurar que siempre soy el mismo y nunca otro. No niego la perfeccion de Boccacio; reconozco lo maravilloso de las composiciones de Petrarca; pero si bien admiro sus talentos, no trato, sin embargo, de confundirme con ellos: creo en la inteligencia de los dos espíritus eternos, pero creyendo en ella, doy tambien un poco de fe á la mia.»

De este modo llegó á ser terrible, buscado ó rechazado por los que imitaban ó aborrecian su

desenfrenada vida, ó temian sus irreparables ataques. «Yo me hallo en Mantua cerca del señor marques, y de tal suerte le he caído en gracia que deja el sueño y la comida por hablar conmigo, y dice que no tiene otro placer mejor: ha escrito al cardenal acerca de mí cosas que seguramente me honran mucho; me ha dado trescientos escudos y otras cosas de valor. En Bolonia principié á recibir regalos: el obispo de Pisa me hizo un vestido de raso negro magnífico, así es que vine á Mantua hecho un príncipe.» Habiendo dibujado Julio Romano y grabado Marco Antonio Raimondo diez y seis figuras indecentes, Aretino les alcanzó el perdon de Clemente VII y unió á ellas otros tantos sonetos descriptivos; esta infame alianza de las bellas artes circuló por el mundo y aumentó la fama de Pedro. Echado de Roma, que con él pareció perder su vida, se acogió al campo de Juan de las Bandas Negras. Llegó allí cuando este habia concedido á los suyos una *noche franca*, es decir, que podian hacer cuanto quisiesen; así es que podemos figurarnos los festines, las disputas, los raptos, los amores pagados ó conquistados, las violencias, las horribles escenas que allí habria, y cuánto gozaria Aretino. Juan, que era tan malvado como el peor de los suyos, se alegró de tan buena adquisicion, queria tenerle siempre á su mesa, y en su cama muchas veces, pensaba hacerle príncipe (1), y le presentó á Francisco I, que le regaló una cadena de oro, y no podia vivir sin aquel bufon de nuevo cuño (2). Tambien le envió una vez Enrique VIII trescientas coronas de oro; Carlos V le concedió una pension, y le hizo ir á su derecha; Julio III le dió mil coronas de oro con el diploma de caballero de San Pedro, de manera que llegó á concebir la esperanza de llegar á cardenal; tomó el nombre de *divino* y *azote de los príncipes*; aquellos artistas quisieron hacer su retrato; se acuñaron medallas no solamente con su busto, sino con el de su mujer y su hija, y se leía en el reverso de una de ellas: **LOS PRÍNCIPES Á QUIENES PAGAN TRIBUTOS LOS PUEBLOS, DAN TRIBUTOS A SU ESCLAVO** (3).

(1) En Milan me dijo no una sino diez veces: «Pedro, si Dios y la buena fortuna me sacan con bien de esta guerra, te voy á hacer señor de tu país.»

(2) Juan le escribia: «Ayer se quejó de mí el rey porque no te habia llevado segun costumbre; me disculpé con que te gustaba mas estar en la corte que en el campo, y su majestad me contestó que te escribiera para que vinieses. Yo sé que vendrás no ménos por el beneficio que pueda resultarte que por verme, porque no puedo vivir sin Aretino.»

(3) «Tantos son los señores que me aturden la cabeza con sus visitas, que han desgastado los peldaños de mis escaleras con sus piés, del mismo modo que el pavimento del Capitolio con las ruedas de los carros triunfales. No creo que Roma haya visto tan gran mezcla de naciones como la que me escucha en casa. Á ella vienen Turcos, Judíos, Indios, Franceses, Alemanes y Españoles. Figúraos qué harán los Italianos. No quiero hablar de la gente del pueblo; pues es mas fácil separaros de vuestra adhesion al emperador que verme un solo instante sin soldados á mi alrededor, sin estudiantes, sin frailes ó sin sacerdotes; pareceme por tanto que he llegado á ser el oráculo de la verdad, pues que todos vienen á contarme las injusticias que les han hecho tal príncipe ó tal prelado; así

Carlos V, que aspiraba á la monarquía universal, tributa honores al *divino*, el cual escribe: «Estoy admirado, no de que no me haya honrado segun me dijisteis, sino de que la modestia del religioso emperador haya sobrepujado á lo que vos pensábais. Encontrándole casualmente en el camino, ademas de mandarme que fuese á caballo con él, me dió la derecha, lo cual es un acto tan digno de su clemencia cuanto indigno de mi condicion. Yo seguramente estoy fuera de mí al verle y oírle; así es que el que no le oye ni le ve, no puede figurarse la prudencia y la familiaridad de aquel agradable afecto»...

¿Y de qué medios se vale para ganar su voluntad? Diciéndole que los pintores le han hecho poco favor en los retratos, y hablándole de Isabel, su difunta esposa. «Al decirle yo que no creía que mis papeles fuesen leídos por el que tiene sobre sí los asuntos del mundo, contestó que todos los grandes de España tenían copia de cuanto le escribí acerca de la retirada de Argel, cuya empresa me contó con todos sus detalles, llenándome el alma de sentimiento y conmoviéndome al oírle decir: «¿Y para qué queria yo que nos retirásemos, si en este mismo hecho moria tanta gente por mí?» «Y aun oigo el tímido sonido de aquella señora y angusta voz... Mi poca vanidad me hacia olvidar que él habia llamado yendo á caballo á los miserables embañadores venecianos, á quienes dijo: «Queridos amigos, creo que no tendréis inconveniente en decir al Senado que me hará un obsequio en guardar consideracion á la persona de Aretino, por ser muy apreciable para mí.»

En efecto, aunque todos le expulsan, le queda siempre abierta la entrada de Venecia, donde es comun la vida licenciosa, y todo es libre, excepto el hablar del Estado. Dice escribiendo al dux Gritti: «Yo que en la libertad de tantos Estados he acabado de aprender á ser libre, rechazo la corte para siempre y hago aquí el perpétuo tabernáculo de los años que van avanzando; porque aquí no tiene cabida la traicion; aquí no puede el favor hollar el derecho; aquí no reina la crueldad de las metrices; aquí no impera la insolencia de los hombres afeminados; aquí no se roba, aquí no se cometen violencias, aquí no se mata. Por eso yo que he llenado de espanto á los malvados y ayudado á los buenos, me entrego á vosotros, padres de vuestros pueblos, hermaneros de vuestros esclavos, hijos de la verdad, amigos de la virtud, compañeros de los extraños, apoyo de la religion, guardadores

pues, soy el secretario del mundo y podéis titularme así en los sobres de las cartas. *Carl.* vol. I, pág. 206. MAZZUCHELLI, p. 57. ¿Quién por versado que se halle en el griego y en el latin es igual á mí en lengua vulgar? ¿qué colosos de plata ó de oro igualan á las composiciones en que he puesto el nombre del papa Julio, del emperador Carlos, de la reina Catalina y del duque Francisco Maria?... Si hubiese predicado á Cristo como he alabado á César, tendria mas tesoros en el cielo que deudas tengo en la tierra.»

de la fe, ejecutores de la justicia, héroes de la caridad y súbditos de la clemencia. Por lo cual, príncipe ilustre, acoged mi adhesion por un exceso de vuestra piedad, para que yo pueda alabar á la nodriza de las otras ciudades y á la madre elegida por Dios para hacer mas célebre al mundo, para dulcificar las costumbres, para dar humanidad á los hombres, y para humillar á los soberbios perdonando á los extraviados... ¡Oh patria universal! ¡oh refugio de los pueblos dispersos!»

Vuelve despues á Roma. «Siempre estuve pensativo, no por otra cosa sino porque dudaba si la inesperada acogida con que el papa me besó al abrazarme con ternura fraternal delante de toda la corte que fué á verme, me incitaria á acabar mi vida en palacio, donde se me puso una habitacion digna de un rey, no de un esclavo. Público ha sido el alboroto que por las tierras donde hemos pasado han levantado los pueblos por contemplarme, honrarme y regalarme, de suerte que la presencia de la misma felicidad ha sumergido bajo la tierra á la envidia... El sentido comun afirma que una de las felicidades merecidas que goza el sumo pontífice, es haber nacido en su tiempo, en su país y con amor hacia él.»

Y sin embargo, no le parecen suficientes aquellos honores, aquellas riquezas, y «Leon y Clemente en lugar de enjugarme el sudor de la esclavitud por medio de un premio inmediato, le han mezclado con refinada crueldad con mi sangre, sin otra razon mas que no haber falsia en mí, porque la verdad es mi ídolo, porque la adulacion no me agrada, porque huyo de los desórdenes, porque obro con libertad, porque conozco á los perversos, porque aborrezco á los ingratos, y porque no lo quiero decir por modestia, y sin embargo nadie lo niega) por mas que me ofenden los Moros y los Turcos, no carezco de la creencia en la Iglesia, de lo cual son testimonios los libros que he escrito de Cristo y de los Santos... Y es sabido que me conocen el Sofi y los Indios y el mundo entero, y mi nombre resuena en boca de la fama tanto como el que mas. Los príncipes que reciben pecho de los pueblos, me dan tributo á mí que soy su esclavo y su azote. Yo no cito la fuerza de los milagros por orgullo ni envanecimiento, sino que hablo de ellos para confesarme á mí mismo la obligacion que tengo con Dios que me ha hecho tal como soy (1).»

Llovian para él dinero, alhajas, vestidos, «la alquimia de su pluma ha sacado de las entrañas de los príncipes mas de veinticinco mil escudos,» tenia dos mil de pension, y dicen que adquirió mas de ochenta mil en toda su vida: Francisco I le envió un collar formado de lenguas trenzadas con la punta roja y con el mote: *Lingua ejus loquetur mendaciter*.

(1) Á Ersilia del Monte, sobrina de Julio III.

cium: Carlos V otro del valor de cien cequies despues de la derrota de Berberia para que no se burlase de él, pero le dijo: *Es cosa bien pequeña para una tontería tan grande.* Al tesoro de Francia que le pagó una cantidad, le dijo: « No os admiréis si callo; se me ha gastado la voz de tanto pedir y no me queda nada para dar gracias. »

Cuando tardaban en darle, amenazaba con poner á Cristo en manos de los Turcos. « Entretanto (escribe á un confidente del papa) principio á poner la pluma en todo el legendaro de los Santos, y así que lo haya compuesto, os juro (en caso de que no me provean de víveres) que se lo he de dedicar al sultan Soliman, escribiendo la carta de un modo tan nuevo, que se asombrará el mundo en los siglos venideros; pero será cristiana de tal modo que podría impulsarle á dejar la mezquita por la Iglesia. » Si le regalaban poco, lo rehusaba. « He devuelto los diez ducados, rogándole al remitirle de nuevo su regalo, que me devuelva las alabanzas que le he dado; porque no me parece bien honrar á quien me desacredita del mismo modo que me desacreditaria el haber aceptado semejante limosna para un mendigo más bien que regalo para un hombre instruido. Á la verdad que los que compran la fama deben ser generosos, dando no segun su ánimo, sino como requiere la condicion de quien se la da; porque las pobres composiciones tienen mucho que hacer para levantar un nombre que está clavado á la tierra (1). »

Á tal punto llegaba su descaro, titulándose *hombre libre por la gracia de Dios*, y vituperando á los príncipes en general al paso que los alababa separadamente, ó atacando á los que le convenia para promover envidias recíprocas. « Es preciso alabar grandemente con grandes elogios la grandeza de los altos personajes manteniéndose siempre elevado en alas de las hipérboles. Necesito transformar las digresiones, las metáforas y las pedanterías en máquinas que muevan y en tenazas que abran; es preciso obrar de manera que las voces de mis escritos interrumpan el sueño de la avaricia. »

No eran para él príncipes solamente los coronados, sino tambien aquellos que cultivaban las artes y la literatura y que no dejaban de ofrecerle sus tributos. Ariosto le comprendió entre los que honran á Italia; Ticiano tomaba sus consejos y le retrató varias veces (2): pi-

(1) Escribia á Francisco I: « Absténos de prometer á lo menos á los hombres instruidos, para que no teniendo esperanzas burladas, no puedan morderos en vuestra honra... No sabéis, señor, que no conviene á vuestra alteza olvidar los 600 escudos que con vuestra real boca dijisteis á mi enviado me pagaría el embajador?... Mire vuestra gloria la injuria que se hace á sí misma, mientras retarda la merced ofrecida por ella misma, á mí que la ensalzo. »

(2) Siendo Aretino amigo de Ticiano, véase cómo hablaba de un admirable retrato suyo:

« A Cosme I. Venecia 17 de octubre de 1545.

« Mi estimado protector: La no pequeña cantidad de dinero

dió licencia á Miguel Ángel, « blanco de maravillas, adonde las estrellas han lanzado á porfia el favor de las flechas de sus gracias, » para decir sus alabanzas, porque « el mundo tiene muchos reyes y un solo Miguel Ángel; » y este le contestó: « Muy señor y querido hermano » M. Pedro, » y le exhortaba á que escribiese de él, diciendo: « No solo lo deseo, sino que os suplico lo hagáis, pues los reyes y los emperadores tienen en gran favor que los nombre vuestra pluma. »

Fernando de Adda, rector de la universidad de Padua, le escribió un epigrama, en que le pone sobre Carlos V y Francisco I; ninguna academia queria estar sin su nombre, ninguna galeria sin su retrato, el cual se veía tambien en los gabinetes de los príncipes como en las tiendas y en los lupanares; se esculpian en las medallas no solo su efigie, sino las de los frutos de sus amores: la ciudad de Arezzo le declaró noble y gonfalonero honorario; hay un volumen de cartas en su alabanza, y lo que es mas, le llamaron el quinto evangelista.

Cuando pensamos que sus escritos son malos y extravagantes, que sus frases son afectadas y fuera de lugar, que sus metáforas son exageradas, dudáramos de aquel poder desenfrenado, sino lo viésemos aun en nuestros dias usurpado por medio de las gacetas por quien tiene la desvergüenza de decir y hacer lo que no se atraveria un hombre honrado. No se crea, sin embargo, que lo pasaba bien con todos aquellos á quienes maltrataba, se moderó con los que le amenazaron como Albicante, Berni y Bernado Tasso: algunos le dieron su merecido, tanto que Boccacini le llamaba « iman de los puñales y palos. » Un tal Volta, que amaba al mismo tiempo que él á una condesa, le dió cinco cuchilladas; Pedro Strozzi, á quien mencionaba en un soneto, le envió á decir que si volvía á escribir su nombre, le haria matar, y él se dió por entendido; el embajador de Enrique VIII, de quien sospechaba le defraudase los regalos del rey, manda apalearle y él da gracias á Dios que le presta fuerzas para perdonar las injurias. Tintoretto, á quien habia insultado, le llamó á su estudio con pretexto de hacerle su retrato, y sacando un cuchillo de caza se puso á medirle á lo alto y ancho, y le dijo por fin: « Tenéis de largo dos puñales

que Ticiano posee, y el gran deseo que tiene de aumentarla, es causa de que no se cuida de las obligaciones que tiene con los amigos, ni de los deberes que le ligan á los parientes, atendiendo solo con extraordinario afán á aquel que le promete grandes cosas; así, pues, no es extraño que, despues de haberme entretenido seis meses con esperanzas, llevado de la prodigalidad del papa Paulo, se haya ido á Roma sin hacerme el retrato de vuestro inmortal padre, cuya imagen plácida y tremenda os enviaré en breve y tal vez conforme á la verdad, como si hubiera sido hecho por el expresado pintor: entretanto os remito un retrato mio hecho por el mismo pincel. Puede decirse que está respirando, que tiene pulsos y espíritu, y se mueve como yo lo hago en vida; y si hubieran sido en mayor número los escudos que le he dado, los paños serian brillantes, mórbidos y rígidos como el mismo terciopelo y el brocado. No hablo de la cadena, porque está pintada: que *sic transit gloria mundi.* »

» y medio, acordáos de esto; » Aretino salió lleno de espanto, y fué despues su apologista. Otros le combatieron con sus mismas armas, tales como Jerónimo Muzio, Berni y Doni. Este último imprimió el *Terremoto del Florentino Doni*, « con la ruina de un gran coloso, enorme antecristo de nuestro siglo, obra escrita en honor de Dios y de la santa Iglesia, no menos que en defensa de los buenos Cristianos. » El prefacio está dirigido « al infame y malvado Pedro Aretino, fuente y origen de todo mal, miembro asqueroso de la pública impostura, y verdadero antecristo de nuestro siglo. »

Este Anton Francisco Doni, hombre y escritor de mucha imaginación, cuyas composiciones la *Calabaza*, los *Mármoles*, las *Pinturas* y las *Pistolas* rebosan de caprichos y locuras, tuvo un encarnizado enemigo en Luis Domenichi, escritor ingenioso é hinchado, á quien acusó de plagiarlo (tacha muy comun en aquel tiempo) no sin razon, segun parece, porque entre sus diálogos encontramos uno que habia aparecido diez años ántes en los *Mármoles*, é imprimió tambien como originales varias traducciones. En una carta que se conserva de Doni para su eterno baldon, le acusaba con toda la perversidad de un espía (1), y sufrió la afrenta de no haber sido escuchado.

Nicolas Franco, amigo, enemigo é imitador de Aretino, pide con desvergüenza y obtiene, atacando en sus sonetos con tal violencia, rabia y suciedad á los papas, cardenales y letrados, que hizo odioso el nombre de literato. Aretino le empleó en escribir sátiras, hasta que habiendo reñido, se las dijeron uno á otro. Nicolas, que era tan bajo en sus alabanzas como insolente

El Doni.
1503-74.

El Domenichi.
1534.

Nicolas Franco.
1505-69.

(1) Siempre deberían estar unidos todos los miembros con una buena cabeza; pero si ha habido alguna excelente, es una de ellas la majestad de Carlos V, de quien soy leal servidor, y por cuya elevación voy investigando noche y dia cómo podría ser útil á su majestad y á los que acometen por su honor nobles y dignas empresas. Vuestra majestad debe saber que un tal Luis Domenichi, natural de Plasencia, es uno de los mayores traidores del mundo; y segun he podido comprender, habia conspirado con un desterrado ó rebelde del duque de Plasencia contra vuestra majestad, como podrá ver por la adjunta: el cual rebelde debia haber obtenido perdón, si cometia alguna traición, como se colige por esa carta que está escrita de mano del secretario llamado Anton Francisco Riniero. Que Luis Domenichi es enemigo de vuestra majestad se ve en un soneto (porque es poeta) impreso, del cual es adjunta copia; que es enemigo vuestro es indudable (aunque una luz no puede eclipsar al sol), porque ha hecho otro soneto contra Mantua, de donde debe haber sido expulsado por alguna de sus lindezas; pero creo mas bien que os tiene odio particular, porque vuestros ministros de justicia ahorcaron de las murallas de Pavia, digo del castillo, á un hermano de ese Luis; pero el malvado que tiene mala lengua y peores hechos trata de volver á Plasencia, y creo que nada bueno tenéis que esperar de él, porque la víspera del dia de carnaval marchó á Roma y volvió en seguida. Ved estas cosas y seguid con sigilo las huellas de ese perverso, para que no se origine ningun daño á vuestra majestad ó al Estado. Os ruego que no le hagáis daño y que le perdonéis, porque en él obra mas bien la pasión que la maldad. Perdonadme si os he hablado con poca reverencia en gracia del amor que profeso á vuestra majestad y á la sumisión que uso con todos los personajes iguales á vuestra majestad, ante la cual me postro humildemente y le beso la mano.

Florenca 3 de mayo de 1548.

Vuestro humilde servidor,
ANTON FRANCISCO DONI.

en sus insultos, se llamaba á sí mismo *flagellum flagelli* y le lanzaba obscenidades groseras; dirigió á los *infames príncipes de su infame siglo* una carta violenta por los favores que concedian á semejante monstruo (1). Escribió los comentarios á la *Priapea*, y tambien recibió puñaladas *heróicas*, como decia Aretino; pero habiendo insultado á un poderoso, Pio V le condenó á la horca. Franco exclamó: *Esto es demasiado*, y fué estrangulado.

Entretanto Aretino seguia escribiendo sátiras, comedias, cartas, libelos, y los dedicaba á personas instruidas ó pertenecientes á la Iglesia, uniendo á la obscenidad de libros que ni aun se pueden nombrar, sermones, obras de un ascetismo exagerado y vidas de Santos, en las cuales habia por qué quemarle lo mismo que en las obras obscenas. Por fin marchó á Venecia, « receptáculo de todo lo repugnante » como dice Boccaccio, y oyendo contar á sus hermanas, que vivían en un lupanar, las asquerosas escenas de aquel sitio, se cayó de risa de la silla y se hirió de muerte. Despues de recibir la extremaunción, exclamó: « Libradme de los ratones ahora que estoy engrasado, » y murió en un lugar y de una manera digna de su vida.

Aunque ménos perverso Benvenuto Cellini, no tiene una historia ménos curiosa. Le causaban grande admiración tanto el *divinisimo* Miguel Ángel como las buenas estocadas de los espada-chines, así como por los que arriesgan su *bravísima* alma en los duelos, tocaba la corneta y la flauta y se jacta de ello no ménos que de manejar el buril. Desgraciado del que le tocase un dedo ó quisiese compararse á él en su oficio! No tiene palabras bastantes para denigrarle, y en su orgullo no sufre que se le posponga sino á Miguel Ángel. Podria tenérsele por un ignorante presuntuoso, si no existiesen obras suyas dignas de admiración. Cuando fueron los Alemanes á Italia en 1527, en aquella *infernalidad cruel* sirvió de artillero; él dirigió el golpe que mató á los Borbones é hirió al príncipe de Orange, y se lamenta de que no le hubiesen dejado lanzar el tiro, con que pensaba matar á los jefes del ejército enemigo reunidos en consejo; se arrojó delante del papa rogándole que le absolviese de los homicidios que habia hecho en servicio de la Iglesia, y « el papa, levantando las manos y haciéndole una gran cruz sobre el rostro, » lo absolvió. Los príncipes tenían con él mucha familiaridad; el gran duque iba con frecuencia á su taller; los príncipes de Italia, los cardenales, las mujeres y las amadas de unos y otros se engreían de tener algun trabajo suyo. El papa le dijo: « Si yo fuese un emperador » rico, daría á mi Benvenuto tanto terreno como » pudiese abarcar con la vista, pero como somos » en el dia pobres emperadores en quiebra, solo » podemos darle todo el pan que necesite para

(2) « Príncipes, os he hablado en verso, y ahora os hablo en prosa. Bien podéis conocer qué parte os toca de tales infamias, si vuestra pereza no es tan ciega para leer como lo ha sido para dar. »

B. Cellini.
1500-70

» saciar su poco apetito. » Pero cuando le hacían regalos, eran siempre mezquinos para su mérito, que era grande, ó para su presuncion que era mas grande aun; le fueron disputadas las alabanzas que algunos le prodigaron; así es que principió á usar un lenguaje mordaz y á servirse de aquella escopeta « con la cual da en una moneda, » y una espada excelente con la que acometió muchas veces á sus enemigos y puso en dispersion á los esbirros.

Cuando un posadero le hacía pagar demasiado, le « dan ganas de prender fuego á la casa ó de gollarle cuatro buenos caballos que tenia en la » cuadra; » pero se contentaba « con hacerles con el cuchillo tres ó cuatro agujeros. » Otras veces tiraba á un enemigo y este caía muerto, « lo cual no fué mi intencion, decia, pero no se dan los golpes en balde. » Defraudó al papa el dinero que tenia reservado para hacerse absolver; robaba muchachas, corrompia jóvenes y contaba sus perversidades con tal impasibilidad como si fuesen actos de justicia, pretendiendo que « hombres como Benvenuto, únicos en su profesion, no deben estar obligados á observar las leyes; y considera que se cometió una gran injusticia, cuando á los treinta y nueve años de edad le llevaron á la cárcel por primera vez.

Sin embargo, él tiene tambien su moral, sometida á sus pasiones; y cuando muere un enemigo suyo, exclama: « Se ve que Dios cuida de los buenos y de los desgraciados, dando á cada uno su merecido. » Era religioso y crédulo; en el Coliseo se le hizo ver la aparicion de los diablos, en la cual él fué el único que no tuvo miedo; puesto en prision leía continuamente la Biblia en italiano, y tuvo apariciones de Dios y de los Santos, por lo cual llevaba un resplandor encima de la cabeza, « el cual se hace visible á cualquiera que yo quiera mostrárselo, que son muy pocos. » Lleno de alegría de poder escapar del castillo de Sant' Angelo « á despecho del que ve la verdad en la tierra y en el cielo, perdona libremente á la santa madre Iglesia, aunque le ha causado este infame perjuicio. » Además, en el terrible momento de la fundicion de su estatua de Perseo, momento en que no puede experimentar sensaciones quien no sea artista, invocó á Dios, y á esta devocion atribuyó su bueno é inesperado éxito, por lo cual fué en peregrinacion á los santuarios, « cantando siempre salmos y oraciones en el nombre de Dios. »

Y siempre cantando y riendo fué de Florencia á Paris en medio de los peligros de la vida. Allí empezó á vivir con magnificencia « con tres caballos y tres criados, » siendo alojado en un castillo real; pero se levantó contra él la envidia, y se alegró de tener enemigos poderosos, como la duquesa en Florencia, y en Paris madama de Etámpes; arma camorra con los cortesanos holgazanes, y cree que los subalternos son quienes le tuercen la fortuna, pervirtiendo las intenciones de los reyes. Allí encuentra « cierta raza de gente que se llaman aventureros » y asesinan con gusto á cualquiera en la calle,

» y aunque se ahorca á alguno, parece que no hacen por esto gran caso. » Halla tambien otro mal, los pleitos (1); porque « tan pronto como principian á ver alguna ventaja en ellos, procuran venderlos, y algunos los dan como un patrimonio á los que se dedican á comprarlos. Tienen otra cosa mala; que la mayor parte de los hombres de Normandía tienen por oficio ser testigos falsos, de manera que los que compran los pleitos instruyen en un momento cuatro ó seis de estos testigos, segun es necesario, y el que no trata de presentar otros tantos en contrario ó ignora aquella costumbre, sufre los perjuicios de una sentencia contraria. » Pero cuando ve que la cosa toma mal aspecto, « acude en su ayuda á una gran daga » y corta las piernas á uno y « hiere al otro, de manera que se acaba el pleito, » dando siempre gracias á Dios de esto y de lo demas.

Como era tan temible para otros, estaba ó creía estar en continuos peligros; fué acometido muchas veces y otras muchas envenenado, á lo ménos así lo creía; llevaba dinero encima « para que no le espíen ó asesinen, segun se acostumbra en Nápoles; » el papa le hizo envenenar con diamante en polvo; pero el avaro platero molió en su lugar un poco de berilo; las demas veces triunfó su robusta constitucion. Quedó, pues, libre de los procesos que se entablaron contra él por delitos horribles, tal vez solo por hacer ruido, como sucedió con una mujer que le acusó de pecado contra la naturaleza, y no se disculpó de otra manera que con gritar que la quemasen á ella que era cómplice y paciente.

Su narracion, como todas las autobiografias, bajo el aspecto de ingenuas confianzas, está desfigurada por los sentimientos del autor, y su indecible vanidad le lleva hasta jactarse de los delitos; pero tenían lugar entre los artistas, además de las disputas, otras cosas peores. Miguel Ángel conservó siempre la señal de la puñada que le dió Torrigiano: Ticiano pintaba muchas veces con la coraza puesta; Pedro Facini atentó contra la vida de Anibal Caracci; Lázaro Calvi envenenó á Jacobo Baregone, y se cree que el Dominiquino acabó del mismo modo.

En conclusion dirémos, que en el siglo de oro de la literatura italiana, no se halló siquiera un nuevo género, ni hubo un arranque de verdadera originalidad, como en el siglo anterior. Al principio se calcularon los estudios sobre lo que se sabía en la antigüedad con objeto de perfeccionarlo; se meditaba acerca de Aristóteles y Platon, pero combatiendo sus errores y agrandando con ellos los entendimientos; los políticos seguian las huellas de los antiguos, pero siguiendo la marcha y giros de la sociedad, cosa que aquellos no hicieron nunca; deducian el arte poético de la epopeya clásica, pero escribían poemas en que violaban todas las reglas. De

(1) L'Hôpital decia en 1560 al parlamento de Paris: « Peult dire qu'il y a plus de procès au Chastelet de Paris qu'en toute l'Italie. »

aquella mezcla de imitacion y espontaneidad dedujeron un estilo naturalmente puro y bueno en todos los escritos y en todas las artes, de manera que fueron todo lo clásico que podian ser careciendo de genio.

Pero el estudio de los antiguos induce en breve á contentarse con imitarlos mas bien que á tratar de dar nueva actividad á los entendimientos; Rucellai escribe la *Rosmunda* como las tragedias antiguas, y las *Abejas* como Virgilio: Sannazaro, que tiene á la vista á Mergellina y el golfo mas hermoso del mundo, canta la Arcadia, ó trasporta los dioses del Olimpo á la casta estancia de Nazaret; la comedia adopta el enredo de Plauto, arrastrándole á las costumbres modernas, del mismo modo que en las bellas artes de Palladio edificaba un teatro como los antiguos, y el Vaticano se habia convertido en palacio de las musas. En efecto, el pensamiento debia verse embarazado con formas que no eran suyas, así es que carecen las obras del fuego del sentimiento, de la profundidad de la idea, de concision robusta, de filosofia prudente; siendo los hombres pensadores de aquel tiempo ingeniosos para conocer los defectos de la sociedad y descubrir sus ridiculeces ó infamias, afectan al mismo tiempo opiniones frívolas sin distinguir la verdad del error, ó siéndoles uno y otro indiferentes.

Al querer escribir como Ciceron, conocieron la insuficiencia del latin para expresar los nuevos pensamientos, y trataron de competir con los antiguos por medio de una lengua nueva, dando á la italiana una dignidad y correccion nunca vista. Pero entónces nacieron los inconvenientes de la erudicion y de las formas de escuela; en lugar de usar el lenguaje del pueblo corrigiéndole por medio de reglas, escribieron pensamientos comunes en un estilo desvirtuado, cuyos períodos eran huecos y prolijos, intrincados sus giros y pedantescas sus frases, por la malhadada necesidad de aplicar, para ser puros, á la sociedad moderna las ideas de la antigua. Los versos son cantones de Petrarca, por la costumbre que habian adquirido al hacer los latinos, que solo podian componerse de memoria: todo el entusiasmo se cifraba en hacer buenos versos, reduciéndose á continuos lamentos por la crueldad de las hermosas y á deseos de dejar la vida, que eran muy raros en tiempos tan indulgentes, y muy combatidos por los novelistas. Ya no se hallan entónces la política, la teología, las severas inspiraciones de Dante, sus extensas alusiones, ni los grandes resortes religiosos. Los literatos no procuran penetrar en la inteligencia divina, y á lo sobrenatural en los pensamientos sustituyen lo sobrenatural en las fantasías. Siendo un objeto agrandar mas bien que al pueblo á los doctos y á las cortes, necesitaban entregarse á la frivolidad y á la adulacion, á una literatura de mero lujo, que nunca llega á una grandeza verdadera.

En aquel tiempo florecian otros extranjeros

de eterna memoria; los Italianos parece que no los conocieron, y en aquellas disputas tan acaloradas ninguno comparó su literatura con la extraña, hasta que despues Tasso manifesta admiracion hácia Camoens, acaso para no confesar la superioridad de Ariosto.

Admiremos, pues, la forma de los grandes escritores del siglo XVI, pero deplorémos nuestra desgracia de tener que fijar la atencion en hombres que separaron lo verdadero de lo bueno y de lo bello, deplorémos un progreso que solo favoreció la elegancia, al paso que al otro lado de los Alpes fué la razon quien obtuvo las ventajas.

CAPÍTULO XV

Costumbres, opiniones.

Habríamos faltado á nuestro propósito, si despues de lo que hemos dicho respecto de las letras y de las artes, no presentáramos á nuestros lectores una idea de las costumbres de la época que estamos describiendo. Cualquiera que (como queremos) distinga la cultura de la civilizacion, sabe que esta no puede crecer sino por medio del simultáneo desarrollo de las facultades humanas, que donde la una se aumenta con perjuicio de las otras, se destruye aquella armonía, de la cual solamente puede esperarse la utilidad y duracion del progreso. Debemos, pues, notar que la imaginacion prevaleció entónces extraordinariamente sobre el raciocinio, y que los frutos de aquella semilla hermosearon y mataron á la Italia. Así en las artes como en las letras, en el gobierno como en las costumbres, el paganismo habia vuelto á levantar la frente, presentando un sensualismo seductor, colocando en los altares la belleza, la pura belleza, é inmolándole la verdad, cuyo esplendor y manifestacion debe ser aquella. Por tanto las letras no conocieron ya la elevacion ideal, ni presentaron tampoco ningun alto objeto á los deseos ni á la voluntad; no fueron un culto, sino un juego; el pincel y buril perfeccionaron las formas, descuidando el asunto; la ciencia se limitó á admirar á hombres célebres de la antigüedad y á calificar con respecto á ellos de bárbaros los tiempos sin cultura, pero robustos, en que habia madurado la nueva civilizacion. Entónces, pues, dió Leon X una bula para proteger la edicion del poema mas inmoral; Clemente VII concedió privilegio á Antonio Baldo de Roma para imprimir todas las obras de Maquiavelo, sin exceptuar el *Principe*; Julio II dió un beso á Aretino, el cual dedicó la mas infame de sus tragedias al cardenal de Trento; otro cardenal aspirante á la tiara escribió la *Calandria*... composiciones inmorales, obscenas, homicidas; pero ¿qué importa? Eran bellas y esto bastaba; se recreaba la imaginacion, y se ofuscaba la razon.

Y como el lazo que entre el corazon y el in-